

Aquellos desgraciados no pudiendo resistir á la fuerza, fueron conducidos al convento de San Francisco, donde estaban sus compañeros traídos de Dolores.

El regimiento de la Reina, reconociendo á sus valientes capitanes, se puso bajo el estandarte de la libertad.

En los primeros momentos de la revolucion, es difícil contener el torrente de las pasiones en sus deseos de represalias y de venganza.

El populacho se arrojó sobre la casa de un español llamado Landeta y la saqueó completamente.

No acababa aún el saqueo, cuando Allende se presentó en aquel sitio, y haciendo uso de su espada, dispersó á aquella gente.

Hidalgo y los otros caudillos rondaron personalmente la ciudad hasta restablecer el orden.

Al dar la *quedá*, la ciudad estaba en un silencio profundo; parecia que el fuego de la revolucion no la estaba abrasando.

Hacia veinticuatro horas que *diez hombres* habian dado el grito de insurreccion, y ya estaban al frente de un ejército, apoderados de una ciudad, en tren completo de guerra.

El sol del 16 de setiembre de 1810, vive inmortal sobre la frente del pueblo de Dolores, como un brillante engastado en su diadema.

Las generaciones se prosternan delante de esos muros, en el solemne y respetuoso homenaje de su patriotismo.

El pueblo de Dolores se marcará con una llama perenne, como los volcanes encendidos, en las cartas geográficas.

CAPITULO III.

EL GATO EN LA RATONERA.

I.

El padre Pontolongon se habia constituido por orden del Santo Oficio espía del cura Hidalgo y lo seguia como su sombra.

El antiguo maestro de aposentos apareció como vicario en el curato de San Felipe y no cesaba de acechar, dando cuenta de los pasos todos de Hidalgo.

Un expediente voluminoso tenia ya la Inquisicion, y se practicaban diligencias en secreto, y se llamaban testigos, y se citaba á personas de alto coturno para sacar reo á Hidalgo, todo con ese misterio que acostumbraba tan respetable tribunal.

Cuando el cura de San Felipe fué promovido al curato de Dolores, su constante pesadilla, el padre Pontolongon, asentó sus reales en el pueblo.

Hidalgo sabia de antemano que se le vigilaba, y traia inquieto al esbirro entregándole á la hilaridad de sus amigos.

La tarde del 14 de Setiembre habia llegado el espía infernal

á Dolores, convencido de que el cura conspiraba, y en aquellos momentos escribía su delacion, que fué enviada á México el 15 á la madrugada.

Dormía á pierna suelta el reverendo padre, cuando el toque de misa dado antes de amanecer lo hizo despertar.

—Es raro, dijo, que me haya despertado tan tarde! todos los días me encuentro en la iglesia con media hora de anticipacion; seguramente la inquietud me ha hecho el efecto del ópio; levantémonos.

Comenzó á ponerse sus calcetas con toda parsimonia, cuando el sacristan entró lleno de espanto á la estancia.

—Qué sucede, señor Crispin?

—Mucho, muchísimo, padre Pontolongon.

—Hablad.

—Dejadme tomar resuello.

—Seguramente al señor Hidalgo no le da la gana de decir misa, y me encarga-----

—No, no es eso, interrumpió el sacristan.

—Hablad con mil santos, hombre mentecato!

—Señor, hay tumulto.

—Cáscaras!

—Y quien se ha puesto al frente, es-----

—Ya lo comprendo, el subdelegado.

—Comprendeis mal, reverendo padre, quien es autor de todo es el mismo señor Hidalgo.

—Lo dije! gritó el padre Pontolongon mordiéndose los labios.

—Se están cometiendo horrores, se han robado el dinero del diezmo, han aprehendido á todos los españoles y al señor sacristan mayor lo han maniatado como á un galeote.

—Y que hacemos ahora?

—Escondámonos, yo tengo las llaves de la sacristía.

—Marchémonos, bajémonos, entrémonos, escondámonos de esos infernales revolucionarios.

—Seguidme.

—Ya os alcanzo, si nos ven juntos nos ahorcan.

—Así lo creo. Dios mio! hubiérais visto al cura Hidalgo echar un parangon al pueblo, azuzarle contra nosotros, y hablar contra el rey!

—Horror! horror!

—Apresurémonos, porque-----

—Sí, andad por San Judas, que no me llega la sotana al cuerpo.

El señor Crispin y el padre Pontolongon se encaminaron á la sacristía, se atrancaron por dentro y despues se pusieron á buscar sitio á propósito para ocultarse.

—Tras este corateral estamos bien.

—Sois un bruto, señor Crispin, ahí precisamente nos buscan.

—Pues en un confesionario.

—Menos.

—Pues en un armario.

—Mucho menos.

—Pues en el coro.

—Muchísimo menos.

—Escondeos entonces donde os diere la gana y dejadme.

—Eso es otra cosa.

El padre Pontolongon se subió á uno de los altares, abrió el nicho y se agazapó tras una imágen.

El sacristan se metió bajo el altar mayor y así esperaron sacristan y vicario á que amaneciese para ver claro.

II.

El inválido Sariñana llegó á Dolores el 15 al anocheecer.

Vivia en una modesta casa á extramuros del pueblo, solo, enteramente solo.

Dos piezas tenia ajuaradas, una para recibir á á sus amigos, y otra que le servia de recámara.

—El señor de Sariñana era cojo, y con motivo de su excentricidad, las viejas del pueblo la habian tomado con él.

—Ahí viene el tio muleta.

—Ya se acerca pata de palo.

—Ya se va el diablo cojuelo.

El inválido oia estos apóstrofes, fruncia el ceño y pasaba sin ver á los que lo insultaban.

Sariñana salia por las noches á sentarse á los arriates de la plaza á tomar fresco.

Los muchachos pasaban delante de él muy de prisa, le habian cobrado miedo.

Un portugues, dueño de una tienducha, era amigo íntimo del inválido y conversaban ambos con el mayor misterio.

La noche del 15 de setiembre, estuvieron observando cuanto pasaba, las prisiones, el tumulto, el asalto al cuartel y cuantos detalles caracterizaron el movimiento.

—Bien, amigo Sariñana, la cosa marcha!

—Ya lo veo, respondió el inválido, esta chispa no es fácil apagarla.

—Nos están vengando.

—Falta mucho, tenemos cuentas muy atrasadas, señor de Conejares.

—Todo es comenzar á cobrar.

—Este señor cura es todo un revolucionario.

—Yo creo que esta noche ha buscado intencionalmente la muerte.

—Así parece, pero todo le ha salido á pedir de boca.

—Todos los elementos de resistencia los ha destruido instantáneamente: ya veis, se ha echado sobre la fuerza armada, mientras ese desalmado del capitán Allende no ha dejado títere con cabeza en todo el pueblo.

—Eso se llama entenderlo.

—Alguien se acerca, entrémonos.

El inválido y su compañero cerraron la puerta.

Un hombre de largos bigotes y facha militar, que llevaba á un niño de la mano, se acercó al dintel de la puerta y llamó.

—Qué se ofrece?

—Abrid.

—En nombre de quien?

—De un compatriota.

—El diablo cargue con todos ellos! murmuró el inválido.

—Soy enviado del señor cura Hidalgo.

—Pasad, caballero.

—Gracias.

—Con quién tengo el honor de hablar?

—Decidme antes si sois el señor de Sariñana.

—Muy señor mio.

—Pues yo soy don Félix de Quintanar.

—Y bien?

—El cura Hidalgo acaba de tener conmigo uno de aquellos rasgos que acreditan su alma grande y sublime.

—No os entiendo, caballero.

—Escuchadme: yo he vivido hace dias bajo su proteccion, recibiendo de su mano hasta el pan para alimentar á mi hijo.

—Habia oido hablar algo.

—No es extraño, yo no he procurado ocultarlo á nadie.

—Bien.

—La revolucion de la independencia acaba de estallar, formidable, terrible, y la colonia entera se está encendiendo. Yo soy español, y no podia traicionar á mi bandera.

—Sois soldado?

—Lo fuí.

—Entonces ya se comprende.

—Me he presentado á mi protector, le he hablado con la rudeza de un soldado y me ha comprendido.